

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquetes de 30 ejemplares 1'00 ptas  
 Suscripción: España un trimestre 1'00  
 " Extranjero " 1'50

## La inmoralidad de una alianza

La sección telegráfica de la prensa diaria ha publicado la noticia de que la Conjuración republicano-socialista hace trabajos, en combinación con algunos elementos, para provocar un movimiento revolucionario, con el pretexto de una huelga planteada por los socialistas.

Aunque nada, absolutamente nada ha de ganar la clase trabajadora con un cambio de régimen político, creemos que es hora de que los republicanos cumplan algo de lo mucho que han prometido, aunque por el hecho de que hayan dejado traslucir sus intenciones, nos parece que se va a quedar todo en hacer ver al pueblo que están adornados de buenas intenciones. Hasta nos parece tendenciosa la noticia, para poder decir más tarde que debido a las precauciones del gobierno han fracasado los buenos propósitos.

Añade la información que Pablo Iglesias, desde hace algún tiempo, está dominado por la idea de ensayar una huelga general que servirá por lo menos para demostrar toda la fuerza de la organización socialista que acaudilla, y aecha la ocasión de que se le presente un pretexto para realizarla.

No sabemos los visos de verdad que tendrá el telegrama, que no hemos visto desmentido por los aludidos, y aunque no dudamos que están en su derecho y hasta en la obligación de cumplir sus promesas, afirmamos que si para realizar un movimiento político explotan la buena fe de las sociedades obreras, cometen una infamia.

Esto, después de tantos años de propaganda, es una manifestación de impotencia, tanto por parte de los republicanos como por parte de los socialistas.

Afirmar los primeros que el pueblo y gran parte de la clase media son republicanos; afirman los segundos que la clase trabajadora es socialista, y cuando tratan de hacer un acto que ha de ser simpático a unos y a otros, tienen que engañar a las sociedades obreras, que es la única fuerza verdadera.

No creemos que estos propósitos—los de proclamar la huelga para fines políticos—lleguen a realizarse. Las sociedades obreras deben estar prevenidas para cualquier maniobra, sobre todo las que pertenecen a la Unión General de Trabajadores, pues los socialistas, que son incapaces de imponerse el menor sacrificio en beneficio del proletariado, no tendrán inconveniente en explotarla con tal de adquirir preponderancia que haga ver a los republicanos que poseen una fuerza de que en realidad carecen, cuya supuesta importancia se traduciría en mayor concesión de actos, por parte de sus aliados, para las sucesivas elecciones.

La característica del partido socialista es la desaprensión. Esta es la que les llevó a conjuncionarse con el partido republicano, al que hasta el día antes de la alianza habían calificado de enemigo y cuyo acto no tuvo otro objeto que el que un partido burgués le sirviera de ganancia para abrirle las puertas del Parlamento.

Y aun con la ayuda del partido burgués, la representación del partido socialista en las Cortes quedó reducida a la más mínima expresión, representación que por sí solo no hubiera alcanzado jamás.

Según declaración de los propios interesados, dos propósitos tiene que cumplir la Conjuración: impedir la vuelta de Maurra al poder y traer la república. Respecto al primero, ya se anuncia, como cosa natural, la probabilidad de que los conservadores sean gobierno una vez aprobados los presupuestos: en cuanto al segundo, no resulta ridículo que un partido que se llama obrero cuyo jefe ha manifestado que «es menester no fiemos a ninguna clase, a ningún partido, a ningún poder la obra de

nuestra emancipación» se conjuncione con un partido burgués para traer la república, que en nada favorece las ansias de emancipación económica que siente el proletariado?

Afirmar los socialistas que «el deber y el honor les llevó a iniciar e integrar la Conjuración republicano-socialista.»

No les llevó ni el deber ni el honor: les llevó el amor propio que resultaba bastante averiado ante los socialistas de otras naciones en cuyos Congresos, para aumentar el número, incluían como afiliados al partido a los que forman parte de las sociedades que constituyen la Unión General de Trabajadores; pero como resultaba que en las elecciones se descubría la trampa, pues no correspondía el número de votos al que en los Congresos presentaban como afiliados, aprovecharon la primera circunstancia favorable, y con el pretexto de salvar la libertad, se salvaron del ridículo, y gracias a los votos de la burguesía, el partido que se llama obrero, debiéndose llamar solamente socialista y esto restringiendo mucho el sentido de la palabra, cuenta con un diputado en el Parlamento español.

Van a cumplirse tres años desde que se conjuncionaron para salvar la libertad, entonces en peligro, y nunca la libertad ha estado tan secuestrada como en este período de tiempo, ni la clase obrera ha sido tan vilipendiada por los gobernantes, ni ha estado tan indefensa por los que a sus expensas mefran.

La Conjuración republicano-socialista no ha cumplido ninguno de los fines para que fué creada y sólo ha servido para continuar la productiva farsa revolucionaria.

Si ni ha salvado la libertad ni ha traído la república, ni tal vez esto les preocupa, hay que convenir en que no hay ninguna razón lógica que la abone, y por lo tanto es una alianza inmoral sin más objeto que la conquista de prebendas para que unos cuantos vivos se emancipen dejando en la estacada al proletariado a quien dicen defender.

Los socialistas más bien que una conjunción con los republicanos debieran de hacer una fusión, pues la práctica ha demostrado que para gobernar usan los mismos procedimientos y hasta tienen la misma finalidad, pues en Francia con un buen número de ministros socialistas, y en la Australia con su ministerio obrero, el proletariado tuvo que apelar a la violencia para conseguir hasta las más insignificantes mejoras de las que constan en los programas del socialismo de Estado. Que nunca las clases dominantes han hecho concesiones voluntarias al proletariado.

Por lo menos la fusión desharía el equívoco de la Conjuración.

Teníamos escrito este artículo, cuando hemos leído la crónica de un periódico madrileño, en la que da cuenta de la entrevista celebrada con un ferroviario, quien contestó de esta manera a sus preguntas:

«Nosotros, por ahora, no somos más que obreros. Se nos ha querido arrastrar a determinado campo y no hemos caído en la trampa. Los ferroviarios declararán la huelga si conviene a sus intereses; pero por ideales políticos, por hacer juego político, no.»

Y al ser interrogado nuevamente sobre si asistirán al próximo Congreso socialista, replicó:

«Nosotros, desde luego, como entidad no tenemos nada que ver en este asunto.»

Esto confirma cuanto hemos dicho respecto a los fines que los socialistas se propusieron usurpando delegaciones a los legítimos delegados al Congreso ferroviario. Afortunadamente no faltaron delegados auténticos que descubrieron el juego.

La tentación de la resistencia que opone a la concentración. Capital que pasa fraudulentamente de una Caja a manos extrañas es capital que se dispersa a los cuatro vientos.

Descontábase, pues, que la captura del malversador no traería para el Banco el desquite de lo perdido.

Si se ha puesto tanto celo en el acoso del delincuente, más que a reparar el daño de la caja se atendía a prevenir, con la ejemplaridad del escarmiento, accidentes de parecida índole en lo futuro. Quien procesa al empleado infiel no es el Consejo del Banco perjudicado ni la Sociedad. Es el régimen capitalista. Ese hombre no va a ser la víctima de un pasajero eclipse moral suyo,

ni del espíritu vindicativo de la sociedad. Su verdugo va a ser el capital. A lo que se tira, pues, castigádole con todo el rigor que consienta el jurado, es a impedir que en adelante el cajero considere la caja que se le ha confiado como un compartimiento estanco de su propio bolsillo. El culpable no va a soportar el peso de un delito, sino la pesadumbre de todo un régimen social. Sin duda porque no estamos, desgraciadamente, afiliados a la exigua familia capitalista, nuestra compasión se ha instalado cerca de ese hombre, a quien aguardan horas tan amargas.

En el foro interno, si no lo absolviéramos le disculpamos. En su caso nos resistimos a ver únicamente la relajación de los resortes morales que nos mantienen sometidos al deber. Aun conviniendo en que el cajero puso mano en lo que no era suyo, y simultaneando la comprobación afrentosa con el vituperio, las circunstancias en que procedió nos invitan a atenuar la culpa.

Es inevitable el deducir de ciertos delitos la complicidad social. El cajero de un Banco suele ser hombre de cierta cultura económica. Por delante de sus ojos desfilan los capitales con insolente indiferencia. Su misión es la de anotar la entrada y la salida del dinero en la caja. Es como el guarda-agujas del capital que deja franco el paso a los convoyes ascendentes y descendentes. Si este hombre se resigna a no ser más que un mecanismo encargado de movilizar dinero, el capitalista que se fió de él puede vivir tranquilo.

El oro, la plata y los billetes, pasarán ante sus ojos sin conmoverle. Pero, supongamos que ese hombre es algo más que un economista frío, bien hallado con su destino de guardián del dinero ajeno.

Aceptemos el que sobre su cultura económica gravita un sentido filosófico, lúcido y penetrante. En este caso, el pensador se explicará el abusivo origen de la acumulación de los capitales. Meditará sobre lo injusto de las herencias, sobre el fraude comercial, mansamente practicado años y años, sobre las detenciones del particular al Erario público, sobre todas las formas de tiranía que ejerce el dinero en la sociedad contemporánea. Eso por un lado. Internándose más en la fisiología del capital advertirá que es el tronco de donde arranca todo; el poder político, el valimiento religioso, el ascendiente sobre la ley escrita, el dominio de la belleza, la posesión de todos los bienes planetarios. Verá que la soberanía del dinero es absoluta.

Un día, mientras él esté con la atención puesta en el libro de caja fiscalizando los resultados de un arqueo, entrará en el Banco un adolescente, rubio o moreno, vestido con elegancia, y con sólo poner su firma en un papel, se llevará unos miles de pesetas o de duros.

—¿Quién es ese señor?—preguntará el cajero.

—El duque de X. Es millonario. Ha heredado cinco pueblos enteros, con tierras y casas y dos millones de duros. A su poder han venido las fortunas acumuladas de todos sus ascendientes—le contestarán.

Otro día, un señor gordo, de anchas espaldas y de cabeza polidédrica, toscos de continente y ceñudo de gesto, le interrogará en el Banco, con un léxico de dudosa propiedad gramatical.

—¿Quién es ese señor?—preguntará el cajero.

—Un ricacho de América. Salió descaído de su aldea y ha vuelto millonario. Ahora es senador vitalicio.

Suspensas las tareas profesionales, el cajero saldrá a la calle. Su mirada, cautiva aún de los números, se detendrá ante los escaparates, atestados de objetos, joyas, sedas y cosas que él no puede adquirir. Por delante de él pasarán los coches de lujo, los automóviles, en los cuales pasea la Humanidad su egoísmo y su vana estupidez. Verá mujeres hermosas, prendidas con rumbos y elegancia.

—¿Quién es esa mujer?—preguntará una tarde en la Castellana.

—La señora o la querida de Fulano.

La lectura de los periódicos acentuará aún más sus instintos de rebeldía contra un régimen injusto y abusivo. En verano se enterará de que los privilegiados de la fortuna salen, huyendo del calor, para Suiza, Biarritz, Ostende y San Sebastián. En invierno los poderosos del dinero o se recluirán a Madrid o emigrarán temporalmente en busca de climas templados. El duque adolescente irá a Niza y el americano de los hombros recios a Málaga. En los teatros el lujo femenino y la vanidad masculina se ostentará con la misma insolencia de siempre, y en las calles la policía previsorá volará porque la gente no rompa los escaparates de las tiendas y porque los coches de lujo rueden en línea.

Para entonces estará abierto el Parlamento y allí unos hombres hablarán unas veces con voz premiosa y otras con verbo elocuente del bien público, del interés del pueblo, de la moralidad, del patriotismo y de otros supremos y sonoros postulados de la conciencia humana...

...Y un día, inopinadamente, entrará el cajero en su hogar y se encontrará con su esposa, que no ha ido a Biarritz el verano ni

puede ir a Niza el invierno, que no tiene toaletas elegantes, ni joyas, ni se pasea en coche. Sus hijos le recibirán, como de costumbre, con besos y frases expresivas. La mujer le expondrá un aspecto del abogo en que viven.

Con el sueldo de él no basta para la alimentación, el alquiler de la casa, las enfermedades, el colegio de los niños, el vestir de la familia.

Entonces el cajero meditará un rato, y a partir de aquel momento la caja y su bolsillo serán una misma cosa. El primer día cogerá un billete: luego dos. Vendrá la conciencia dictando la necesidad de reponer lo sustraído, y el cajero, que es hombre de cultura económica, se lanzará en el vértigo de la especulación bursátil con dinero que no es suyo.

Y, finalmente, un día, asustado de su fracaso y temblando por su deshonra, tomará el tren con nombre supuesto y franqueará la frontera. Poco después nos lo encontraremos en la cárcel. Peor para él. Ha violado la ley y ha fracasado. Decía Julio César que no es tolerable la violación de la ley más que para triunfar.

MANUEL BUENO

De *Heraldo de Madrid*

## Un rato a periódicos

En un diario conjuncionista leo este título: «Los socialistas madrileños.—Excursión a Toledo.»

El título, quizá por un resto de atavismo patriótico, retiene mi atención, y leo nombres de excursionistas, reseñas de discursos, elogios a la elocuencia socialista madrileña, mención de ovaciones formidables, etc., etc., y llego al siguiente párrafo final: «Por último, el compañero Egocheaga, que presidió, hizo el resumen, recomendando como medios eficaces para librarse de la ambición patronal la formación de cooperativas, terminándose el acto en medio del mayor entusiasmo, cantando el Orfeón juvenil himnos revolucionarios.»

Si ese resumen es fiel expresión de los pensamientos expuestos en aquel acto, los socialistas madrileños están en desacuerdo con otros socialistas que entienden en asuntos cooperativos. Por ejemplo:

Anseele, director de la cooperativa Vooruit, de Gante, y diputado en el parlamento belga, dice:

«Estoy persuadido de que la cooperación sola no es emancipar, y esto por muchas razones, de las cuales exponeré algunas: la riqueza de la burguesía crece tan rápidamente, que, con todo nuestro espíritu práctico en nuestras cooperativas, no podremos contenerla, no seremos nunca bastante ricos para rescatar lo que llegará a poseer en un siglo o en 50 años. Es preciso, pues, llegar a la expropiación, con o sin adjetivos.»

Vandervelde, jefe del partido socialista belga, confirma la afirmación anterior de esta manera:

«Esperar la conquista de los grandes medios de producción por la asociación privada de los trabajadores, es forjarse quiméricas ilusiones y hacer que se les forje el proletariado. La cooperación puede preparar el socialismo, pero no realizarlo. Únicamente la expropiación de la clase capitalista por actos de voluntad colectiva puede asegurar la emancipación íntegra de los productores.»

Ténganlo presente los 2.000 asistentes al mitin de Miradero, quienes si se entusiasmaron, aplaudieron, escucharon al Orfeón juvenil y echaron una cana al aire, quedaron contentos y engañados.

Por Vizcaya anda un fraile que se pone por montera lo de «no resistir al mal y poner la otra mejilla al que te abofetea», metiéndose a sindicalista de lo más echao palante.

También hay patronatos de Sanjosé en huelga y obreros sindicados que ejercen de esquilros.

Como en las aleluyas del mundo al revés.

El ministro de Marina presenta en el Parlamento inglés una demanda espantosa de millones para aumentar la marina de guerra.

Un diputado socialista observa que urge más proporcionar pan a los 400.000 obreros de los docks, que se están muriendo de hambre.

Se le llama al orden, y como no se le consienta hablar, el diputado expele una viva interjección, tal vez la del general Camborne, y abandona con desprecio la Cámara.

Tengan presente el caso los obreros que votan diputados y esperan de los parlamentos la lluvia, el buen tiempo y el pan barato: nombrar diputados y esperar justicia social de una mayoría parlamentaria, es como tener los y rascas las pantorrillas.

He leído con asombro en *El Diluvio*:

«Kropotkin y Bakunin eran uno ruso y otro polaco, dos países etc., etc.»

Es decir, unos países que no están en el mapa.

«El que regenta hoy la obra magna de la

acracia española figuró en una Orden religiosa—con O mayúscula—y su mejor cabeza cuenta que estuvo a dos dedos de caer en el proselitismo disidente...»

Lo que bien interpretado significa que los anarquistas españoles tenemos un regente ex-claustro con varias cabezas, una de las cuales estuvo a punto de cometer una herejía.

Lo que demuestra que para ser periodista no se necesita saber gramática, ni tener escrúpulos para soltar alguna que otra inexactitud para lograr determinados efectos sobre cándidos lectores.

Morato, en el *Heraldo*, prueba con cifras encasilladas que en Madrid se ganan más huelgas que en Barcelona, porque los madrileños son más adictos que los barceloneses a la caja de resistencia.

Y es verdad.

Pero no les arriendo la ganancia.

1.º Porque eso de las huelgas para mejorar, dentro del actual régimen propietario-capitalista, resulta en general un ganaperie, y ya todo el mundo sabe que lo que el huelguista gana como productor lo pierde como consumidor.

2.º Porque los obreros que ahorran para tener para huelgas con que mejorar, consagran eternamente su vida, la de sus hijos y la de todos los trabajadores al salario, por falta de mentalidad necesaria para proponerse un ideal emancipador.

Sobre los cálculos y los consejos de Morato, propongo a los trabajadores madrileños, barceloneses y a los de todo el mundo, estos pensamientos de Reclus:

«La historia de las asociaciones obreras es ya larga, y harto sabemos que en este asunto es aún más peligroso acertar que sucumbir. Un fracaso es una experiencia más, y permite a los que le han sufrido entrar de nuevo en la gran corriente de la Vida y de la Revolución. Pero un éxito; ¡eso sí que es fatal! Una asociación obrera que logra un éxito feliz, que gana dinero y se hace propietaria, se conforma fatalmente con las condiciones del capital; se hace burguesa, descuenta letras de giro, persigue a sus deudores... se pasa al campo enemigo; ¡ya no es más que una cuadrilla de traidores! Nada deploro tanto como el éxito. Mientras nuestro triunfo no sea al mismo tiempo el de todos, tengamos la suerte de no alcanzar buen éxito jamás; ¡seamos siempre vencidos!»

Conviene así, de cuando en cuando, oponer a la amodorrada sensatez predicada a la masa un pensamiento energético, vivificante y salvador.

Es—no diré culpable por ciertos respetos—ñoña, cursi, estéril esa doctrina que, partiendo de que el dinero es la riqueza y con ella se compra la felicidad, aconseja a los obreros que resistan, aborren y cooperen para ganar más dinero y poder con ello comprar algunos kilos más de dicha individual; dejando, tras la ilusión desvanecida, a los ricos, a los usurpadores de la riqueza social, la ventaja legal de que se les considere autores de todas las obras, siembras y plantaciones y en posesión del derecho de accesión, que despoja al trabajador del fruto de su trabajo.

¡Despabilarse, compañeros, y no os durmáis al son de la gaita del socialismo aburguesado!

ANSELMO LORENZO

## La delincuencia

¿Qué es delinquir? No se le puede aplicar la definición dada por las academias a causa de la falta de justicia.

Dicese que delinque quien vulnera las leyes sociales o políticas. Esto es inverosímil completamente. Delinque solamente el débil, el fuerte, no. Sobre aquel caen las disciplinas del código con todas sus consecuencias, sobre éste la abolición rebuscada por medio de cualquier subterfugio.

Así se explica que a la altura en que vivimos se vacacionen las conciencias y se obscurezca la justicia con ridículos y vejámenes: las cadenas y grillos de presidios y cárceles rara vez aprisionan los miembros del poderoso, en cambio el miserable, el débil, el proletario que aunque tiene sangre y energías, no tiene potencia suficiente para burlar o romper el lazo de la ley que lo aprisiona cuando delinque, sirve de habitante en dichos degradados domicilios; sirve de pasto a la miseria que allí se cobija y de estudiante de las soeces lecciones que allí suelen prodizarse.

Al uno le bendicen la vida, al otro se la anatematizan. Sólo purga las culpas quien no sabe cometerlas.

Este aserto refleja claramente el estado de amorfa social en que respiramos: todo lleno de trabas, todo opuesto al bien; todo cargado de inmundicias morales y materiales que denigran y envenenan.

El mundo marcha a paso de gigante; los adelantos llegan a paso de tortuga; la humanidad avanza dando enormes traspies en el camino de la perfección a causa de los tristes y absurdos convencionalismos que la sujetan.

En esta miserable sociedad solo delinque el hombre que el hombre quiere. Cométese crímenes de lesa libertad, de lesa humanidad y quedan impunes, y los causantes a su libre albedrío.

Examinando el estado en que se halla la

## Las tentaciones sociales

Que nadie se avergüence a los diceses sin tener las manos puras.  
CICERÓN—De *Leptinos*.

El cajero del Banco a quien la policía perseguía por malversación de fondos, ha sido puesto a buen recaudo. El Consejo de Administración de aquel establecimiento puede, pues, estar tranquilo; ni el delito quedará impune ni el culpable sin castigo.

Dábase desde luego de barato la dificultad de rescatar el dinero sustraído. El Consejo del Banco, compuesto de hombres inteligentes, conoce la fuerza difusiva del di-